

EL DOCTOR JUAN JOSE PAULLADA

IN MEMORIAM

EN LA NOCHE del 26 de enero último, el doctor Juan José Paullada falleció súbitamente de un infarto del miocardio. Era miembro de nuestra Corporación en la que desde 1956 ocupaba un sillón de la sección de Endocrinología. Su muerte, precisamente por inesperada, nos conmovió a sus numerosos amigos y compañeros en forma particular. Se encontraba Juan José Paullada en ese momento tal vez en la mejor época de su vida: era Jefe del Servicio de Endocrinología en el Hospital General del Centro Médico y había logrado tras los esfuerzos fácilmente imaginables, organizarlo adecuadamente, equipar un laboratorio de hormonas, montar técnicas complicadas, adiestrar personal subalterno, coordinar sus funciones con otros servicios, planear a plazo largo los cauces de su investigación clínica y dar forma a los planes de enseñanza superior que acababan de encomendársele al ser reconocido por la Universidad Nacional Autónoma de México, un curso de especialización de dos años para los residentes del Hospital. Se veía cercana la época en que sus esfuerzos fructificarían en una copiosa producción de alumnos y segui-

dores sólidamente preparados, de trabajos rigurosos y originales, de beneficios para los enfermos del Hospital y de lícito prestigio personal.

Sin embargo, no porque la muerte haya sido particularmente importuna, vaya a creerse que sorprendió a un hombre inmaduro. No, Paullada había dedicado los últimos tres años a esa labor, ahora próxima en fecundos resultados, pero desde años, su esfuerzo, su tesón, su voluntad, habían sido puestos a prueba en diversos puestos dentro del Instituto Mexicano del Seguro Social y se había forjado una posición de profesional competente, maduro y capaz de logros no comunes. Su muerte, empero, es cosa de repetirse, fue particularmente importuna: también en su vida personal, se encontraba Paullada empezando a gozar de satisfacciones largo tiempo esperadas. Económicamente su situación era desahogada, sus hijos mayores, recién adolescentes, se encarrilaban en la vida con paso seguro, iniciaba la formación de un patrimonio todavía modesto y empezaba a recibir el reconocimiento de clientes, amigos, colegas y alumnos.

Juan José Paullada nació en Yuca-

tán, pero pequeño aún se trasladó a la ciudad de México; aquí cursó todos sus estudios, se recibió de Médico Cirujano en la Facultad de Medicina el año de 1946 e inmediatamente se interesó en la Endocrinología formando parte de un grupo de investigación en metabolismo y nutrición con el doctor Roberto Llamas y con el que después sería su maestro y amigo, Francisco Gómez Mont. Su interés no era superficial, por lo que tres años más tarde se inscribió en el curso de especialidad para obtener el grado académico de maestro en Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, destacándose por su asiduidad y aplicación; de entonces datan sus primeras publicaciones y se recuerdan sus participaciones en sesiones anatomoclínicas del Hospital de Nutrición o sus pláticas en cursos breves sobre temas de diabetes, padecimientos del tiroides o metabolismo.

Terminado el curso y con todavía dos años más de experiencia, obtuvo en 1952 una beca del Instituto Mexicano del Seguro Social y una aceptación del pasar un año como investigador para realizar trabajos sobre el tema entonces de moda, la HACT.

Albany Medical College, donde fue a

Poco después de su regreso inició la labor si no más fructífera sí, por ardua, más meritoria. Encargado del Departamento de Investigación de Endocrinología del Pabellón 5 del Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, organizó el laboratorio de dosificaciones hormonales, sirvió de impulso para que se realizaran por primera vez en ese hospital intervenciones sobre las suprarrenales por síndrome de

Cushing, encauzó por una nueva vía el estudio de pacientes con diabetes y complicaciones renales, y se llegaron a hacer ahí estudios de balance metabólico que requieren un complicado equipo de médicos estudiantes y enfermeras entusiastas, disciplinados y devotos del trabajo. En un medio por demás difícil y pobre, secundó el denuedo de Aquilino Villanueva y, juntos, lograron equipar un laboratorio caro, vencer una muralla de burocratismo y mover la inercia de muchas personas para que se pudieran hacer hipofisectomías y adrenalectomías con vigilancia constante y controles acuciosos; su labor en el pabellón 5, en esos años, fue de pionerismo y para comprender su mérito es menester el punto de vista del historiador e imaginar los problemas a que se enfrentó y las dificultades que tuvo que vencer. Más tarde todavía, en el pabellón 13 del mismo Hospital, formó parte del grupo que, capitaneado por Montaña pero con el esforzado motor de Gómez Mont, estudió las relaciones entre el cáncer uterino y hormonas, de donde salieron numerosos trabajos originales, varios de los cuales se publicadas o se presentaron con éxito en reuniones científicas internacionales; recordemos tan solo los que se refirieron a los cambios en la respuesta a la radioterapia del cáncer del cérvix, inducidos por factores hormonales, y al uso de diversos compuestos esteroideos en el tratamiento paliativo de dicho padecimiento.

Quien haya conocido a Paullada en los últimos años, pudo haberse formado el concepto erróneo que era eminente-

mente conciliador. En efecto, era reservado, poco amante de participar en discusiones, tranquilo y pacífico, había vencido todo residuo de vanidad y parecía haber adecuado sus ambiciones a la realidad; pero tras de su exterior contenido, adusto y grave, se descubría con facilidad una personalidad tensa y vulnerable. Y es que la tranquilidad aparente, no la había obtenido ni de ideas prestadas ni de desilusiones; en la vida, había conocido el éxito y el fracaso, la intolerancia juvenil en la lucha y la comprensión generosa, el entusiasmo exigente y desbocado y la temperancia. Al contrario de los conciliadores natos, que son sumamente dependientes de prejuicios, convencionalismos y situaciones, Paullada era de aquellos a los que ya nada sorprende, porque han probado la ingratitud y la incompreensión, pero que están vivos porque conservan fuerza y entusiasmo para emplearlos en un reducido y su-

perior código de valores. Prueba de ello, su labor en los últimos tres años.

El rasgo más propio de su personalidad era la tenacidad callada. Cuando adolescente, después de una época de rebeldía y moderado desenfreno, aprendió un oficio y empezó a trabajar sin grandes perspectivas. Y al cabo de cinco años, comprendiendo el exiguo destino que su condición de linotipista le deparaba, reanudó seriamente los estudios, se inscribió en la preparatoria y tras ocho años de privaciones y esfuerzos, vio cumplido su anhelo de convertirse en médico; y médico fue, en el sentido más lato, el resto de su vida.

Juan José Paullada, un hombre bueno, un excelente compañero, un digno académico, será recordado por siempre por los que tuvimos el honor de ser sus amigos.

México, 8 de marzo de 1967
DR. MANUEL QUIJANO N.